

## A unas aves

---

Aves que vais hacia la patria mía,  
Como van mis suspiros lastimeros,  
Llevadla el beso que mi amor la envía.

¡Cuánta impotente envidia siento al veros,  
Yo en nuestro valle soy piedra deshecha  
Que con el pie separan los viajeros!

Bella te elevas en la mar salada,  
Como en más breve mar la chipria Diosa,  
Admirada de Albión ya que no amada.

De aquel Dios del trabajo eres la esposa  
Que los mónstruos unció de mar tierra  
A su regía carroza victoriosa;

Y que con lazos de oro ató a la Guerra  
Cuyo sangriento acero trocó en plumas  
Con que arma a la razón que la destierra;

Y aunque quizá, olvidando que es de espumas  
De tus grandezas el cimientó incierto,  
La creación tu pedestal presumas;

Y aunque quizá tu corazón ha muerto,  
Y eres estatua colosal de duro  
Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,

Asilo ofreces plácido y seguro  
Al proscrito en tu hogar, donde luciente  
Ve de la libertad el fuego puro,

Y no se juzga de su patria ausente,  
Por que es la libertad la patria santa  
de todo corazón y de toda mente.

Mas no extrañes que anude mi garganta,  
Recordando otro pueblo y otra historia,  
El dolor que mi espíritu quebranta:

Que hasta elevado a la celesta gloria  
Conserva acaso el niño venturoso  
De su pérdida madre la memoria.

¡Oh, España! ¡Oh, dulce España! ¡Oh, sol radioso!

¡Oh, cielo azul! ¡Oh, fuentes cristalinas!  
 ¡Oh, verde campo en flores abundoso!  
     ¡Oh, montes coronados de ruinas!  
 ¿Qué pueden envidiaros Grecia y Roma?  
 ¡Oh, canciones del pueblo peregrinas,  
     Engalanadas con aquel idioma  
 Que como el Tajo aurífero y abundo  
 Cual flor de almendro de melifluo aroma  
     Compite siempre con el mar profundo,  
 Ya cuando ruga como hambrienta fiera  
 Y espanta y mueve y ensordece al mundo,  
     Y ya cuando en la alegre primavera  
 De amor suspira al declinar el día  
 Besando cariñoso la ribera!  
     ¡Oh, humilde albergue en que en la infancia mía  
 Junto a mi cuna, con amor sentada,  
 Mi madre el libro santo me leía,  
     Y apoyando ambas manos en la espada  
 Recordaba mi padre fatigado  
 Las mil batallas en que fué mellada!  
     ¡Oh, solitario bosque perfumado,  
 Do por mí sorprendido en una siesta  
 Huyó amor de sus ninfas rodeado,  
     Y una (la más hermosa y más modesta)  
 De azules ojos y de voz suave,  
 Huyendo más risueña y menos presta  
     Entre las manos me dejó aquel ave  
 En que el poeta sobre el mar mundano  
 Al firmamento levantarse sabe!  
     ¡Oh, templo del saber do quise en vano  
 Mi alma encender en la sagrada pira  
 Al escuchar al sacerdote anciano!  
     Que si el poeta las estrellas mira  
 Mientras los otros reman y se aleja  
 Buscando flores cuyo aliento aspira  
 Mientras los otros mueven trillo y reja,  
 Es que está destinado a ser piloto  
 Y a sacar miel de flores cual la abeja.  
     ¡Oh, puerto resguardo de Euro y Noto,  
 Donde cual Juan en Patmos evocaba  
 Con el pasado el porvenir ignoto  
     Y el gemir en las tumbas escuchaba  
 De mártires sin fin, y allá en el cielo  
 El himno redentor que contestaba!  
     ¡Oh, callados sepulcros, que en el suelo

Guardáis mi corazón hecho pedazos  
 Bajo las negras lápidas del hielo!  
 ¡Oh, de fiel amistad tiernos abrazos!  
 ¡Oh, templo que termina cruz erguida  
 Abiertos siempre los piadosos brazos!  
 ¡Oh, patria mía, en fin, patria querida!  
 ¿Cuándo volverá a tí, cuándo en tu seno  
 Podré de nuevo alimentar mi vida?

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno  
 El infortunio en mis sentidos vierte  
 De todo honrado corazón ajeno?  
 ¡Volver a España a presenciar su muerte  
 Tras su agonía que vergüenza inspira!  
 ¡Volver a España que reposa inerte,  
 Yo que llamé a su puerta con mi lira  
 Y después con el puño de mi acero  
 Y no he logrado despertar su ira!  
 ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Recorreré primero  
 La tierra entera a guisa de mendigo,  
 Y tumba me dará suelo extranjero!  
 ¡No quiero ser de su opresión testigo!  
 Bástame su memoria que, despierta,  
 Por do quiera que voy viene conmigo.  
 Con sus lóbregas alas, muda y yerta.  
 La noche, ave fatídica y gigante,  
 Cubre una tierra al parecer desierta,  
 Y en que tan sólo vago y oscilante,  
 Entre malezas, túmulos y escombros,  
 Fosfórico fulgor flota un instante.  
 ¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros  
 Pende manchada y rota hopa sangrienta,  
 Aumenta de este cuadro los asombros?  
 En su derecha mano, macilenta,  
 Un crucifijo, puño de una espada,  
 En noble sangre enrojecida ostenta,  
 Y en la izquierda la copa, que labrada  
 Por todos los demonios de la orgía,  
 De impurezas sin fin está colmada.  
 Se alza la tierra cual la mar bravía  
 Rompiendo de las tumbas los secretos  
 Que abillantado mármol encubría;  
 Y amenazantes, pálidos, escuetos,



Surgen, a Dios las manos levantando,  
Pidiendo «Expiación» los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando.  
Cual Caín a su víctima inocente,  
Del Sumo Juez los pasos escuchando;  
De Luis Onceno los temores siente  
(Que no le ha de faltar una vileza),  
Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza  
Postra en la dura tierra una rodilla  
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;

Y así acallada su conciencia, brilla  
La soberbia satánica en sus ojos;  
Lanza de sí el el terror que le mancilla;

Hiérguese; con desdén y con enojos  
De sus miserables víctimas airadas  
Contempla frente a frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas;  
No ve en ellos las cláusulas divinas  
En el festín de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruínas  
Siervos aletargados de quien sorbe  
Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbe!  
¡La que pudiera ser, si despertara,  
Miedo y amor y admiración del orbe!

¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara  
No vence con su antigua valentía  
Y guerra a sus verdugos no declara;  
Aves que vais hacia la patria mía,  
Como van mis suspiros doloridos,  
Llevadla el beso que mi amor la envía.

Mas no colgéis en ella vuestros nidos,  
Ni apagueis vuestra sed en sus corrientes,  
Ni os poseis en sus árboles floridos.

Pasad cual sobre lagos pestilentes  
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,  
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidla que van por escabrosas  
Sendas, solos, sombríos, fatigados,  
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados  
Del alma libertad, que son girones  
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones

Llevan su patria por la tierra estraña  
Hasta las más recónditas regiones,  
Y entrar no quieren en la opresa España  
Sino agitando su pendón ufano;  
Porque el río al cruzar que humilde baña  
Los límites del suelo lusitano,  
Han jurado a la faz del firmamento  
De la espada en la cruz puesta la mano,  
Antes morir sin agua ni sustento  
Y pasto ser de las salvajes hienas,  
Que de nuevo vivir entre cadenas:  
Y todos cumplirán su juramento.

